

rificaban los cambios comerciales, sin la menor intervencion por parte de los neófitos, á los que estaba prohibido todo contacto ó relacion con los forasteros, para que, como decian los Padres, no se contaminasen nunca con el mal ejemplo. Los decretos reales no alcanzaban á estos astutos potentados, que siendo dueños absolutos en sus dominios, se reian de los reglamentos, ordenanzas y decretos, lanzando en caso de necesidad sus embrutecidas milicias contra los representantes del rey, y si era necesario contra los de la Iglesia. «Así, dice un respetable escritor, los Jesuitas que tanto en las memorias que elevaban á la córte de España, como en los libros que imprimian, hablaban con entusiasmo de la salvacion de las almas de los pobres indios y de la dicha de conquistar para la causa de la civilizacion esta raza salvaje, no eran movidos en realidad más que por intereses puramente terrenales; y en cuanto á la educacion que pretendian dar á sus neófitos, se limitaba á ponerlos en estado de trabajar en provecho de la Orden, demostrándolo el que despues de siglo y medio de cultura, la familia de los Guaranos se encontró á poca diferencia en el mismo estado de barbarie que tenia antes de la supuesta educacion que debieron recibir de los Jesuitas.»

En 2 de Enero de 1767, los Padres de la Compañía de Jesús del Paraguay fueron expulsados de las posesiones españolas, como lo habian sido de las portuguesas algunos años antes, siendo confiscados todos sus bienes. El territorio ocupado por sus Reducciones se habia cedido por la España á Portugal en 1750, si bien se incautó del mismo once años despues. Lo único que puede y debe decirse en descargo de los Jesuitas, es que para reclutar el personal de sus Misiones, para atraer á ellas á las tribus errantes, evitaron casi siempre el empleo de la fuerza; pues en lo general solo por la persuasion y la astucia conquistaban á los neófitos.

Para reasumir por lo que respecta á las colonias españolas, diremos que la opresion, la violencia y la arbitrariedad eran las únicas leyes que en ellas imperaban, y que no fueron solamente los indios los que encontraban más pesado el yugo: los mestizos eran tambien dignos de lástima, y aun entre los españoles de pura

raza, solo se respetaba y consideraba á los empleados y á los sacerdotes. Arruinar con impuestos á los colonos, abrumarlos de humillaciones, tenerlos sumidos en la ignorancia, era la política de los reyes de España. «Conviene para que continúen sometidos, decia un arzobispo, que no sepan más que el catecismo.» En la provincia de Velez (Nueva Granada) los detentores de fondos redujeron á tan extremada miseria á los indios Timebos, que estos se precipitaron por familias enteras al rio de la Nieve desde el pico de una roca de cuatrocientos metros de altura. Las tribus de los Agatoes y de los Cocomes se suicidaron en masa, durante una sola noche, para sustraerse á las crueldades de sus dominadores. Eran muchos los indios que exasperados se estrangulaban para no caer en manos de los españoles y verse reducidos á la esclavitud. Un intendente se presentó con una cuerda en la mano en el sitio donde muchos de aquellos desdichados se habian reunido para poner fin á sus dias, y los amenazó con ahorcarse con ellos, si no desistian de su propósito; esta amenaza bastó para que se dispersaran des-pavoridos, prefiriendo la vida, por penosa que les fuese, al horror de encontrarse más allá de la tumba con uno de sus tiranos. Los habitantes de Aconcalm, en la provincia de Canas, exasperados por el aumento del tributo de oro en polvo que venian obligados á pagar, se apoderaron un dia del recaudador español que se lo exigia brutalmente, y le dieron á beber oro fundido, *para saciar de este modo la insaciable sed del recaudador*, segun dice Flores, que refiere este hecho en un opúsculo que lleva por título: «Patriotismo y amor á la libertad.»

En una de las noches del mes de Diciembre de 1767, los descendientes de los primeros ocupantes de los valles de Caravaya, los Carangas y los Suchimanis se presentaron á pedir cuenta á los españoles de San-Gaban de una usurpacion que contaba más de dos siglos. Incendiaron la ciudad y mataron á flechazos y á golpes de maza á todos sus habitantes. Cuéntase que al ser conocido este suceso, el virey D. Antonio Amat juró sobre una partícula de la verdadera cruz, exterminar á todos los salvajes del Perú sin excepcion. La actriz Mariquita Gallegas, que por sus relaciones

con el virey y su fin edificante en un convento, ha adquirido alguna celebridad, tomó su defensa, haciendo comprender á su amante que el deber de un cristiano y de un virey era en aquellas circunstancias rogar á Dios por las víctimas, enviando misioneros á sus verdugos para que despues de catequizarlos les diesen el bautismo. Amat desistió de su primera resolucion y parece que adoptó la que le aconsejaba Mariquita.

→ En 1780 se acabó la paciencia de las víctimas. El cinismo y rapacidad de los corregidores llegaron al extremo de obligar á los indígenas, en virtud del *repartimiento*, á adquirir objetos completamente inútiles á precios exorbitantes. Un dia, Condorecanqui, cacique de Tungasuc, se apodera del corregidor de Tinta, que en un solo año habia impuesto tres repartimientos, y lo estrangula con sus propias manos. Este cacique, descendiente del Inca Tupac-Amaru, decapitado por los españoles en 1562, habia recibido de los Jesuitas en Cuzco una educacion esmerada; tomó el nombre de su abuelo, adoptó las costumbres de los Incas y se declaró jefe de sus compatriotas rebelados contra sus dominadores. Sus virtudes privadas le habian captado la estimacion y el respeto de todos los peruanos; pero falto de la resolucion que requerian las circunstancias, no solo cometió la falta de no fraternizar con los criollos que odiaban á los españoles, sino que los trató como enemigos. Los indios respondieron con entusiasmo á su llamamiento despertando á las antiguas memorias; y aunque desprovistos de armas, oponiendo el valor desesperado á la disciplina de los españoles, consiguieron algunas ventajas, secundando su movimiento insurreccional todo el Alto Perú. Sostuvieron la lucha más de un año, hasta que por la traicion de un cacique, al cual los españoles habian ofrecido las charreteras de coronel, promesa que no cumplieron, Amaru fué hecho prisionero y conducido á Cuzco, donde se le juzgó y condenó á muerte, con circunstancias que horrorizan á la vez que indignan y sublevan las conciencias de los hombres honrados de todas las naciones. Se le hizo asistir al suplicio de su mujer é hijos, y tambien al de su cuñado Bastidas, se le cortó la lengua, y fué descuartizado por cuatro caballos: su

cuerpo fué reducido á cenizas, y sus piernas y sus brazos se mandaron á los puebllos que se habian sublevado. Se arrasó su casa, se confiscaron sus bienes, se declaró infame á perpetuidad á toda su familia, y uno de sus hermanos fué enviado á España, condenado á galeras, donde estuvo treinta años; á los indios se les quitaron sus privilegios, si alguno les quedaba, se abolieron sus fiestas y reuniones, y se les prohibió que ninguno tomase el título de Inca. ←

Se creyó que con tan atroz conducta se amedrentarian los indios, y no se consiguió más que exasperar su ódio y acrecentar el número de los sublevados, que feroces como todo pueblo sumido en la degradacion que se levanta contra sus opresores, ejercieron terribles venganzas. Bajo las órdenes de Andrés, primo de Amaru, que pudo librarse del verdugo, y de otro jefe llamado Catari, combatieron con el furor de la desesperacion, costando, segun dicen, cada una de las víctimas de Cuzco la vida á quinientos españoles. Andrés puso sitio á la ciudad de Sorata en la cual se habian refugiado las familias de los alrededores con todas sus riquezas. Las fortificaciones defendidas por la artilleria oponian un obstáculo casi invensible á los sitiadores desprovistos de armas de fuego, por lo que Andrés dirigió contra ellas los torrentes de los montes, que abrieron ancha brecha á los indios. De los veinte mil habitantes de Sorata, solo salvó su vida un sacerdote. Los españoles, recurriendo á la traicion y á la astucia, cogieron los jefes y sometieron á los demás, y el último vástago de los Incas quedó prisionero en Ceuta hasta que en 1820 se publicó en España la constitucion. La sangre derramada no lo fué inutilmente: el repartimiento fué abolido.

Los criollos, por su parte, no podian ya sufrir resignados el régimen á que estaban sujetos; las persecuciones que sufrían y el ver los intereses de su patria sacrificados á la insaciable codicia de la metrópoli, les obligaron á pensar en su emancipacion. Por la misma época que los indios, sus hermanos, trataban de reconquistar su perdida libertad, se sublevaba la provincia de Socorro (Nueva Granada) con motivo de algunos impuestos vejatorios.

Los patriotas llegaron hasta los muros de Bogotá, llevando en su bandera la siguiente inscripción: «¡Viva el rey! ¡Mueran los malos gobernantes!» El arzobispo, con sus hábitos pontificales y llevando el santísimo Sacramento, intervino para apaciguar á los sublevados; pero algun tiempo despues, Socorro fué diezmada, y la mayor parte de sus habitantes enviados á los distritos de las costas insalubres donde perecieron casi todos.

Se proyectaron entonces algunas reformas. ¡Era muy tarde! Los fundamentos de esta dominacion de tres siglos, estaban conmovidos, habiéndoles dado nuevas sacudidas la Revolucion de los Estados-Unidos, la de Francia y hasta las convulsiones de la misma España para conquistar su propia libertad.

Antes de relatar en capítulo aparte la gloriosa y prolongada lucha sostenida por los americanos para conseguir su emancipacion, que si tuvo sus héroes, tuvo tambien sus mártires; antes de que veamos los resultados del juramento que Bolívar, jóven desconocido entonces que viajaba por Italia, hizo en el Monte-Sagrado de librar á su país de la dominacion extranjera, debemos cumplir lo que al principio de este capítulo hemos ofrecido, examinando las consecuencias del establecimiento de los portugueses, holandeses, franceses é ingleses en nuestra patria. Despues de haber visto la desatentada conducta que España observó con sus colonias, las de más importancia de la América del Sur, corresponde que nos detengamos en exponer la que los portugueses guardaron con el Brasil.

Tenemos dicho que el inmenso territorio brasileño estaba dividido desde 1534 en capitanías que el rey daba en feudo á los nobles de la córte, señalándoles cuarenta ó cincuenta leguas de costa, sin determinar lo que podian extenderse hácia el interior, con amplia jurisdiccion civil y criminal, libertad de dar terrenos en feudo, sin que de todas sus prerogativas se hubiese reservado el rey más que el derecho de imponer la pena de muerte, acuñar moneda y exigir el diezmo; y ahora añadiremos que los feudatarios se comprometian á colonizarlos á sus costas gobernándolos y defendiéndolos contra los ataques de los indios y de los extranje-

ros. Portugal, que en los primeros años manifestó no conocer la importancia del Brasil, casi no mandó á esta colonia más que malhechores y mujeres perdidas, y durante este período los ataques de los indios salvajes, la tiranía de los portugueses, la mútua rivalidad de los capitanes, completamente independientes unos de otros, y alguna aventura romancesca, constituyen la historia de este país. Juan III, noticioso de la verdadera riqueza de este territorio, quiso colonizarlo dándole una organizacion estable, revocando las facultades concedidas á los feudatarios y nombrando un gobernador general, cargo que por primera vez desempeñó Tomás de Sousa, insigne por sus expediciones, el cual dió un centro á la América portuguesa, fundando á San Salvador. Este sistema duró más de dos siglos y tuvo por auxiliares á los franciscanos, los carmelitas, y principalmente á los jesuitas, que preciso es confesarlo, supieron proteger á los indios contra la bestial ferocidad de los colonos que les trataban con inaudita crueldad.

Los Jesuitas Nobrega y Anchieta fueron los que levantaron á orillas del Piratiniga las primeras cabañas que andando el tiempo vinieron á formar la ciudad de San Pablo, capital de las famosas colonias de los Paulistas ó Vicencianos, que fueron los agentes más activos de la colonizacion del Brasil. Estos temerarios aventureros, producto del cruzamiento de la raza europea y la indígena, legendarios en la historia de este país, fueron los verdaderos exploradores y conquistadores de las provincias interiores; estos *bandeirantes* (expedicionarios) se ponian en camino despues de confesar y comulgar, recorrian vastos territorios valiéndose de sus hachas para abrirse paso al través de las selvas, atravesaban rios y pantanos, escalaban las más elevadas montañas, y, siempre victoriosos, llegaron hasta los más apartados desiertos, desarrollando la industria necesaria á las colonias nuevas, y domaron la naturaleza agreste con una firmeza llevada hasta la ferocidad. Su caracter aventurero y codicioso no les permitia otras ocupaciones que la de ir en busca de algun terreno que prometiese oro y la de dar caza á los indios salvajes refugiados en los bosques, á lo que ellos llamaban *descer indios*, matando sin piedad á los que no

querian someterse á la esclavitud, y llevando los otros al mercado donde eran vendidos en un sitio especial llamado «Curreal.» Como observa un escritor contemporáneo, el brasileño Macedo: «cualesquiera que fuesen las perturbaciones provocadas por los Padres de la Compañía de Jesús en sus contiendas con motivo de la dominación ó de la administracion de los indios, cualesquiera que fuesen los abusos por ellos cometidos, guiados por un interés mundano ó material, es indudable que su influencia, sus actos, su sistema, sus planes reales ó verosímiles de preponderancia y de engrandecimiento temporal merecerian las bendiciones de la humanidad, al ser comparados con los incendios de las poblaciones indias, con las matanzas horribles, con la reduccion de millares de indígenas á la esclavitud por las *bandeiras* ó *descidas de indios*, con tantos otros crímenes atroces cometidos por los colonos, entonces considerados como héroes, y cuyos monstruosos atentados son hoy dia estimados por la civilizacion en su justo valor.»

➤ El jesuita, con todos sus defectos, era un santo comparado con el colono portugués; que asesinaba á los indios por centenares por el solo gusto de derramar sangre, y reducía tribus enteras á la esclavitud. Podríamos citar miles de ejemplos en comprobacion de lo que decimos, pero nos limitaremos á señalar unos cuantos, escogidos al azar entre los muchísimos que registra la historia de la colonizacion de este país. En la segunda mitad del siglo XVI el obispo de San Salvador se dirigia á Lisboa, cuando arrojado por una tempestad cerca de las márgenes del San Francisco, él y cien hombres de la tripulacion fueron comidos por los cahetés. Al tenerse noticia de semejante desgracia, promulgó el gobernador un decreto condenando á esclavitud perpétua á los cahetés y á sus descendientes, con lo que se consiguió el exterminio de la tribu entera y fomentar el tráfico de indios, puesto que bastaba afirmar que un indígena pertenecía á esta tribu para reducirlo á servidumbre. Para vengar la muerte de algunos soldados enviados para proteger la trata de los pieles rojas, causada por la resistencia opuesta por los caboquenas al defender su libertad, Pedro da Costa Favella incendió á la embocadura del

Urubu treinta poblaciones pertenecientes á dicha tribu, fusiló ochocientos de aquellos desdichados y se llevó el resto como esclavos (1665). Siempre que se dejaba sentir la falta de brazos, así en las ciudades como en los campos, se daban batidas por orden superior: una de estas expediciones, emprendida en 1628, encontró una resistencia encarnizada por parte de los indios; ¿pero qué podian hombres desnudos, con sus lanzas y sus flechas, contra tropas disciplinadas y provistas de armas de fuego? Se hizo tal carnicería con ellos, que el gobernador de Pará, Francisco Coelho Carvalho, obligado por la pública indignacion, llamó apresuradamente á sus emisarios y derogó el decreto que permitia la trata en todo tiempo, limitándola á dos batidas por año; decreto que por nadie fué respetado, continuando la caza del indio como antes. En los albores de nuestro siglo se emplearon para destruir á los botocudos, descendientes de los aymorés, medios tan infames como el de enviarles regalos impregnados del virus varioloso, por haber observado que las viruelas se cebaban en ellos más cruelmente que en los demás individuos de la raza americana. No debe sorprender á nadie, despues de lo expuesto, el saber que la mayor parte de las tribus que ocupaban el Brasil cuando llegaron á ocuparlo los portugueses, hayan desaparecido completamente. Esta destruccion de la raza indígena, si bien aventaja á la cometida por los españoles en sus colonias, no ha sido sin embargo tan completa como en los Estados-Unidos, pues en el Brasil forman todavía los indios el quinto de la poblacion.

Los portugueses, en una palabra, siguieron en esta parte de América una conducta completamente análoga á la seguida por los españoles en sus colonias. Si el poderoso ministro de José primero, el marqués de Pombal, siguiendo el ejemplo de Carlos V, decretó que los indios debian ser ante la ley iguales á los portugueses; si estableció penas contra los que intentasen mantener entre los indios y los europeos las degradantes distinciones introducidas por los jesuitas y los colonos, no por ello consiguió atajar los males que trataba de prevenir, continuando como antes los indios expuestos á la codicia y crueldad de los particulares y á las

exacciones de los magistrados que debían protegerlos. Las erróneas ideas sobre economía política llevaron también á los portugueses á restringir la libertad de comercio, prohibiendo la importación y la exportación y cerrando el Brasil á los extranjeros. Creyendo que el monopolio enriquecería á su país, crearon la Compañía del Gran Pará y del Maranham y le concedieron privilegios exorbitantes. Por otra parte los reglamentos que se dictaban para el cumplimiento de las reformas decretadas, no se cumplimentaban casi nunca. Para tener una idea de lo que eran los procónsules portugueses, bastará que digamos que en 1800, Francisco Sousa Continho, gobernador del Pará, mandó dar azotes y arrojar al agua con una piedra al cuello á la comadrona Valera y á dos de sus compañeras porque su manceba murió á consecuencia del parto.

Antes de terminar esta ligera reseña de la colonización del Brasil por los portugueses, debemos consignar que el clero brasileño era, si cabe, más relajado que el de las colonias españolas, y para demostrarlo nos valdremos de las palabras de un escritor muy conservador y muy católico, de Mr. de Saint-Hilaire, autoridad que nadie puede recusar. Oigámosle: «Con el pretexto de ser indemnizado de la comunión pascual (pretexto que afortunadamente no podrán comprender los católicos de Europa) los curas consiguieron introducir la costumbre de que cada persona que recibía la comunión pagase trescientos reis. Un eclesiástico caritativo nada exigía de los indigentes; pero se han visto curas que en el momento de dar la comunión para el cumplimiento de parroquia suspendían ese acto solemne para pedir á los pobres la retribución acostumbrada. La confesión, añade Saint-Hilaire, es entre las funciones del sacerdocio la que ocupa más tiempo, y sin embargo he visto confesar á cinco negros en un cuarto de hora. Si los eclesiásticos rezan, menester es que lo hagan muy en secreto, porque solo una vez he logrado verlo. El ser eclesiástico es aquí una especie de oficio, y ellos mismos creen que es muy natural considerar el sacerdocio bajo este aspecto. También hay muchos ejemplos de eclesiásticos que se dedican al comercio y

que venden en una tienda.» Cuando esto se vé obligado á confesar un escritor tan católico como Mr. Saint-Hilaire, bien pueden ser creídos los que pintan con más vivos colores la desmoralización del clero brasileño.

Para terminar la historia de la colonización de la América del Sur por los europeos, vamos ahora á dar breves noticias de lo que en este sentido han hecho en la Guyana sus dominadores los franceses, holandeses é ingleses, prescindiendo de los españoles y portugueses, no ya porque la parte de la Guyana que á principios de este siglo poseían estas dos naciones, se ha incorporado respectivamente á la república de Venezuela y al imperio del Brasil, si que también porque así España como Portugal observaron igual conducta en la Guyana que en el resto de sus colonias.

La Guyana, situada al nordeste de la América meridional, fué por primera vez explorada por el español Diego de Ordaz en el año 1535, quien despues de dos viajes por el Orinoco fundó la ciudad de Santo Tomás. Tras de los españoles llegaron á la Guyana los franceses, consiguiendo, despues de varias tentativas y de una guerra de exterminio que sostuvieron contra los indígenas establecerse en Cayena. Los ingleses á su vez fueron á echar la base de una colonia sobre las ruinas de la que los franceses habían fundado en Surinam, que en 1666 les fué arrebatada por los holandeses que definitivamente se quedaron con ella. Cuando más tarde se declaró la guerra entra la Gran Bretaña, la Holanda y la Francia, esta perdió sus establecimientos hasta que en 1774 los recobró el vicealmirante Estrées. Repartida por fin la Guyana entre las potencias que se la disputaban, el gobierno francés hizo los mayores esfuerzos para colonizar la parte que le había cabido; pero desgraciadamente, á imitación de los españoles y portugueses, despues de haber poco menos que aniquilado á la raza indígena, pensó que el mejor medio para que prosperase la colonia era transportar á ella desde las costas de Africa algunos cargamentos de negros, á los cuales se trató con tanta crueldad, que muchos de ellos buscaron un asilo en los fuertes de la Guyana holandesa, fundándose en el año 1766 en los desiertos de la misma la pri-

mera de las tres repúblicas de negros cimarrones, cuya independencia ha sido reconocida por la Holanda. Luis XV organizó una expedición, célebre por la imprevision con que se dejó perecer de hambre, sed y enfermedades á los catorce mil emigrados que la componian. Los hombres de la Revolucion francesa convirtieron esta colonia en lugar de destierro para todos aquellos á quienes proscribian alternativamente los diferentes partidos que se disputaban el gobierno de la primera república, y desde aquella fecha, no solo los revolucionarios, si que tambien los déspotas, han deportado á la Cayena un gran número de hombres políticos. En 1809 la Guyana francesa cayó en poder de los holandeses; los portugueses se la arrebataron, y en 1814 fué devuelta á la Francia, desde cuya época ha hecho muchos ensayos de colonizacion, queriendo unas veces convertirla en colonia agrícola y otras en colonia militar, cuyas dudas y vacilaciones han impedido indudablemente los progresos de la misma.

Los holandeses y los ingleses, en las guerras que sostuvieron entre sí y con Francia, España y Portugal, para la conquista y posesion de la Guyana, combatiendo unas veces, aliándose otras con los indígenas, contribuyeron poderosamente á su destruccion sin que cuidasen mucho de civilizarlos, cual lo demuestra el hecho de que en nuestros dias son muchas las tribus que llevan en esta comarca una vida nómada. Así la Guyana inglesa ó gobierno de Essequibo-Demerari, como la Guyana holandesa, cuya capital Paramaibo está situada en la márgen izquierda del Surinam, han prosperado muy poco más que la francesa.

Como americanos, no podemos terminar las breves líneas que á la Guyana hemos dedicado, sin lamentar que esta tan bella como fértil comarca continúe sometida á la dominacion de tres potencias europeas que no tienen más derecho á su posesion que el que les presta la fuerza y nuestra propia debilidad. Si las potencias americanas, si los estados de nuestra América del Sur en vez de consumirse como hasta aquí en estériles é intestinas disensiones, comprendieran que en la union está la fuerza, seguro es que sin necesidad de apelar á las armas conseguirian más ó menos tarde

que en América no ondeara más pabellon que el de los estados americanos. Empresa es esta que si no realizamos nosotros, realizarán sin duda nuestros hijos, que solo entonces tendrán derecho á exclamar: Tenemos patria, puesto que toda América es de los americanos.